

# José Ignacio Lares

## Un Sabio entre Sombras

Camilo Morón\*

*A diferencia de otros investigadores del área etnológica en Venezuela y cuyos nombres se repiten cada día en las atmósferas académicas; el nombre de José Ignacio Lares parece andar entre sombras. Estas líneas están modestamente dedicadas a poner algún remedio a esta situación*

La bibliohemerografía de José Ignacio Lares es relativamente amplia pero es desconocida; si alguien se tomase la ímproba labor de realizar una encuesta entre las jóvenes generaciones de etnógrafos, dramaturgos, poetas, historiadores y políticos, se encontraría, a buen seguro, con contadas y pobres referencias de su obra. Y es que José Ignacio Lares participó con brillo y honra en cada una de las áreas donde hemos pedido a nuestro imaginario investigador que sondeara: *El Centenario de Sucre en los Andes*, descrito por J. I. Lares, de orden del Presidente del Estado, Doctor Atilano Vizcarrondo, Mérida de Venezuela-Maracaibo, Imprenta Americana, 1896, 830 p.p. *El Recluta*, drama original en tres actos y en verso, Mérida de Venezuela-Maracaibo, Imprenta Americana, 1896, 120 p.p. *Guayana*, alegoría dramática en un acto y en verso. *Las Queseras*, poesías, Curazao, Imprenta de la Librería de A. Betancourt e Hijos, 1890, 77 p.p. *Los Comuneros*, drama histórico. *Sucre, Ayacucho, Asesinato del General Sucre*, publicados en el “*Centenario de Sucre*”, Mérida, 1894.

*Mi Canto a Sucre*, rasgos biográficos del General Sucre, Mérida, 1895. *La Colombiada*, pieza alegórica en dos actos, Mérida, 1895. *Himno al Héroe y Magistrado Antonio José de Sucre*, Mérida, 1896. *Etnografía del Estado Mérida*. Escrita para el Centenario del Libertador -1883-. Segunda edición, corregida y aumentada en 1907, Imprenta del Estado. Director: Lisímaco Carrillo. Reproducida en la revista *Ciencia*, Nº 7, Caracas, febrero de 1927. *Discurso Inaugural* pronunciado por el Senador José Ignacio Lares al tomar posesión de la Presidencia de la Cámara, Imprenta Nacional, Caracas, 1917. Discurso pronunciado por el ciudadano José Ignacio Lares, Senador por el Estado Zulia, en la sesión del 11 de mayo de 1917 al someterse a segundo debate el Proyecto de Ley Aprobatoria de la Convención Celebrada entre Venezuela y Colombia, Imprenta Nacional, Caracas, 1917. Colaborador de numerosos impresos, fue Lares polemista de pluma acerada.



*“Arrojamos redes de luz  
al vientre de las olas  
para capturar peces de sombras.”*

Gorsedd Alberth

A diferencia de otros investigadores del temprano crepúsculo de la investigación etnológica en Venezuela y cuyos nombres se repiten cada día en las atmósferas académicas, como Tulio Febres Cordero, Lisandro Alvarado, Pedro Manuel Arcaya, Tavera-Acosta, Luis R. Oramas, Julio C. Salas; el nombre de José Ignacio Lares más bien parece andar entre sombras. Ello se explica por ciertos vicios de la tradición intelectual entre nosotros: el culto casi religioso a un puñado de nombres y el respeto cerval ante la *autoritas* cuando no al lugar común. Estas líneas están modestamente dedicadas a poner algún remedio a esta situación.

En el Prólogo de la edición de 1950 de *Etnografía del Estado Mérida* -obra que fundamentalmente motiva estas líneas-, escribe E. Menotti Sposito: “Don José Ignacio Lares Baralt, oriundo de la altiva ciudad de Maracaibo, fue de los primeros compatriotas que se ocuparon, con prolijo

interés, de establecer las características étnicas de los autóctonos pobladores de los Andes Venezolanos, sus analogías con las tribus americanas y su probable origen racial.” En medio de la bruma inicial de la etnología venezolana, se caracterizó Lares, con un razonamiento documentado, la investigación de campo y una fantasía dorada por los fulgores de la Ciencia, allí es donde se da a desplegar sus intuiciones, los datos vinieron a corroborarla años después, como en lo tocante al origen de los primeros americanos: “Las grandes analogías – escribe Lares– que hay entre Asia y América, y la notable semejanza que los naturalistas encuentran entre sus dos razas, particularmente con la Mongola, prueban con alguna claridad que la raza americana procede de Asia.” Estas líneas están fechadas en el ocaso del s. XIX; bien avanzado el s. XX se seguirá discutiendo un presunto origen atlante, fenicio, chino, hebreo por investigadores distraídos. La arqueología moderna, con sus múltiples técnicas de datación, así como el estudio de la genética de amplios grupos humanos, han venido a certificar este temprano acierto de Lares.

Antes de adentrarnos en los paisajes de las contadas –apenas si alcanza unas 36 páginas in *cuarto*– empero, dentro de las densas páginas de *Etnografía del Estado Mérida*, rindamos homenaje a aquellos infatigables editores; sirvámonos generosamente de sus propias palabras:

“La segunda edición de la Etnografía del Estado Mérida, editada en 1907, en la Imprenta del Estado, aumentada y corregida por el autor, es la que ha servido para la presente reimpresión [1952] por la Dirección de Cultura de la Ilustre Universidad de Los Andes, que dirige con inteligencia y patriótica voluntad, y con tesonero empeño de ser útil, el preocupado profesor y hombre de letras, Doctor Luis Spinetti Dini. Se puede afirmar, que son contados ciertamente en Venezuela, los jóvenes que como Spinetti Dini, con el desinterés que le honra y con los limitados recursos

económicos con que cuenta la Universidad, que se han dado a la noble tarea de salvar del olvido las obras de una generación intelectual, que dio copiosos y sazonados frutos y fue honra y prez de la República”.

Ayer como hoy, el influjo de estos venezolanos es benéfico y bien haríamos –como se hizo otrora– en editar sus obras, sumando a este esfuerzo el estudio de sus trayectorias vitales.

Cuando José Ignacio Lares inició sus estudios etnográficos, caía en Venezuela una noche prolongada: la muerte de los últimos hablantes de varias lenguas amerindias. Tulio Febres Cordero, informaba en *El Lápiz*, a mediados de 1894, la muerte en el pueblo de Aricagua, Estado Mérida, de un anciano que hablaba a la perfección un dialecto indígena. A su vez, Rafael María Urrecheaga recogía en las montañas de Trujillo aquel bello poema en el que algunos han querido ver el germen de la poesía social en Venezuela: *Canto Guerrero de los Cuicas*, circa 1844.

Así mismo, Pedro Manuel Arcaya estudiaba en tierras de Falcón, publicaciones alemanas, francesas e inglesas, hacía investigación de campo y leía con cuidado relaciones de palabras y frases indígenas, como aquella que el señor Buenaventura Jiménez le remitiese desde Siquisique “según indicaciones de un indio que hizo venir a ese efecto desde las montañas de Parupano”; publicó en *El Cojo Ilustrado* – Caracas, 1911– un erudito artículo titulado *La Terminación “Bacoa” en Nombres Geográficos Indígenas*. Conocer sus idiomas, nos dice Arcaya, es como asomarse al alma de esas gentes, atisbar en su psicología, saber de sus expresiones tiernas, de sus tribulaciones, de los poderes que sentían actuar por doquiera, así en los astros como en las cosas inanimadas, en las altas cumbres, en la tupida selva, en el río torrencioso, en el árbol aislado, en el ave mensajera de dichas o desgracias, en el tímido animal que huía, en la fiera que atacaba; y en sí mismos, especialmente en los hechiceros –*boratios, mohanes, marriris*– de sus tribus.

Siguiendo esta línea, Alfredo Jahn recorría la geografía nacional recogiendo por igual muestras geológicas y botánicas, así como las palabras de los labios de ancianos hablantes *ayamanes, jirajaras, gayones, motilones, guajiros, paraujanos, achaguas, timotes*... Ante varios y singulares acontecimientos en tierras merideñas, escribe Jahn hacia 1922: “*Estos hechos nos hacen sospechar que efectivamente se conserva aún el habla de los antiguos pobladores de Lagunillas como lenguaje secreto de los viejos.*” Y se observa, como en la primera mitad de la primera década del s. XX, es fama que en Lagunillas existe una lengua secreta. Por ello es que numerosas investigaciones, entre las que destacan las realizadas por Jacqueline Clarac de la Universidad de Los Andes, han puesto en evidencia la pervivencia de prácticas y creencias ancestrales en esa tierra. Nosotros, personalmente, hemos podido constatar el respeto reverencial hacia la mítica Laguna de Urao entre los pobladores de sus riberas.

Es fácil ver, como sus colegas pioneros –de quienes era muy respetado–, Lares se dedicó a los estudios filológicos y lingüísticos;



empero, no sólo se ocupó de confortables estudios de gabinete – como algunos–, emprendió búsquedas de palabras de los dialectos: *mucuchíes, miguri, mirripu, tiquiño, escagüey, timotes*, nombrándolas en función de criterios geográficos, para luego escribirlas “como las he oído pronunciar.” Así sabemos, que Dios se decía: *Ches*; hambre, *Som*; uno: *Piti*; dos: *Jenca*; tres: *Suca*; sal: *Chapí*; hombre feo: *Caac Nuto*; bellaco: *Chimugui*; viejo pichoso: *Quiesco Quini*; hombre bonito: *Caac Micí*; mujer bonita: *Cursum Mitafec*. Y frases de cortesía cotidiana se escuchaban de esta suerte: ¿Cómo le va hermano?: *¿Manupé Cachím?*; ¿Cómo está la familia?: *¿Manupé Tascouá?*; ¿Cómo está la señora?: *¿Manupé Carigurá?* Y como joya para los herpetólogos, aunque guarda cierto remoto eco con la última frase: una culebra coral: *Cari suy Cuatú*.

Así es que, las investigaciones lingüísticas de Lares le llevaron a formular teorías, que luego se vieron confirmadas por investigadores posteriores, como ocurre con el prefijo *Mucu*: “Sospecho sí –escribe Lares–, que ella se refiera a designar el sitio, la calidad o condición de la cosa que se quiera expresar, pues en la palabra *Mucuchapí*, por ejemplo, nombre de un páramo que encuentra en la comarca asiento de los mirripuyes, “*Chapí*” en el dialecto de este pueblo, significa *Sal*, siendo de observarse que en este páramo es muy abundante el alumbre, el cual llaman en estos lugares *sal de páramo*, de donde puede deducirse que en la palabra compuesta *Mucuchapí*, *mucu* determina el lugar, el sitio donde está la cosa, por tanto, *mucuchapí* pudiera traducirse así: *Lugar de Sal*.” Para alcanzar esta brillante síntesis, Lares resumió setenta y ocho topónimos andinos.

Si el lector no está muy entrado en años, tal vez haya escuchado la letra de una canción de rock español que va más o menos así: “...haremos un *guateque* arriba del retrete...”. De la voz *Guateque* leemos en el Diccionario de la Real Academia: “(voz caribe) m. *jolgorio* / 2. Fiesta casera, generalmente de gente joven, en que se merienda y se canta / 3. *Cuba*. Fiesta campesina en la que se canta y se baila.” La voz *Guateque* la encontramos también en *Etnografía del Estado Mérida*, cuando Lares se ocupa del dialecto *miguri* –al que

considera, como los otros dialectos que estudia, derivados del *chibcha*–: vamos a beber: *Guateque Chimabum*; bailemos: *Guateque Chimajó*; y como palabra compuesta en no bailemos: *Zoichiguateque*. Por ello se ve, que la palabra afortunada, se extendió desde las serranías de la Cordillera de Mérida hasta las aguas azules y cálidas del corazón del Caribe.

La imagen estanca, como de casillas en un palomar, comúnmente asociada con los pueblos indígenas antes de la llegada de los españoles, no existe en la obra de Lares:

“Ya he dicho que estos pueblos [de la Cordillera Andina venezolana] tenían conocimientos de los Muiscas, y hasta algún trato con ellos; también debieron tener conocimiento de la numerosa nación Caiquetía que habitaba en Coro, Barquisimeto y parte de los Llanos... Entre los Timotes y Caiquetíos se encontraban los Cuicas de Trujillo; Cuicas y Caiquetíos tenían estrechas relaciones y hasta vivían mezclados en una gran ciudad que Federmann nombra Acarigua. Es muy posible que aquella gran nación se mezclase también con los Timotes, una vez que el territorio que los separaba no era muy extenso, y que Cuicas y Timotes estaban en frecuente trato... que hubo esas mezclas es evidente, pues no es presumible que todas esas naciones viviesen estacionadas en sus respectivos países, creciendo y muriendo como las plantas.”

Por otro lado, no estaba Lares conforme con el dictamen de que “basta ver un americano para saber como son todos.” Destacaba el investigador, que el *mucuchíes*, por ejemplo, es de elevada estatura, de miembros fuertes y regularmente proporcionados. El *mirripú* es pequeño y fornido, de miembros musculosos y robustos. El *quirorá* es de regular estatura, de pecho prominente y ancha espalda. El *quirorá* –de Lagunillas– es de color más bien oscuro, de labios finos y vientre desarrollado, grueso de

cuerpo y miembros delgados. Estas variaciones las explica él en función a diferencias en la alimentación y a influencias climatológicas.

Lares compartía con algunos de sus contemporáneos singulares “pecados” interpretativos, como cuando consideraba algunas obras indígenas “figuras de barro cocido toscas en extremo”, o cuando creía las intervenciones de los como “mandatos que no eran otra cosa que patraña de estos.” Sin embargo, por lo regular, el estudioso se impone por encima de la visión de su tiempo, como cuando señalaba la activa dinámica de los pueblos amerindios, hoy probada por la arqueología, la lingüística y el estudio comparado de la mitología.

Tampoco comulgó con la superstición racista, plaga de su tiempo. “El mestizo de estos lugares –escribe Lares– es inteligente, tiene amor a las artes y a las ciencias, y con frecuencia sobresalen en todos estos ramos del saber hombres que alcanzan notable mérito.” Y la vista puesta en el presente –su presente–, dice: “El merideño es amante de la paz y obediente de las leyes; pero no por eso gusta de ser gobernado por tiranos, y así se le ha visto muchas veces alzarse en masa para repeler al invasor extraño, cuando ha venido con ínfulas de conquistador, o para derrocar el gobernante que se ha convertido en tirano.”

De las tierras andinas auguraba que dada su favorable situación geográfica, el fácil paso que ofrece de la Hoya del Lago a la del Orinoco, su activa comunicación con los Valles de Cúcuta, presenta para la inmigración grandes ventajas que la harán en el porvenir muy rica y próspera. Con una población de tan buenas prendas morales, con terrenos tan fértiles y propios para todos los cultivos; con todos los climas de la tierra y horizontes dilatados, donde el espíritu del hombre se



ensancha, piensa y crea; con tales circunstancias, avizoraba Lares, “*tarde o temprano ha de construir un camino al Lago*”, que vale tanto como abrirse al cauce del mundo...

José Ignacio Lares fundó honorable hogar en Mérida, y ocupó en ella y en Maracaibo con acierto administrativo y pulcritud en el manejo de la cosa pública, los altos cargos de Presidente de Estado. Representó también a las dos Entidades Federales en el Congreso Nacional.

“Don José Ignacio Lares –escribe E. Menotti Sposito– falleció en Caracas el día 30 de diciembre de 1921. Ejercía la representación de su laborioso Estado nativo.” De su entrañable amor por Mérida quedan las páginas imborrables, empero no suficientemente estudiadas de *Etnografía del Estado Mérida*, obra que, hundiéndose profundamente las raíces en el pasado, proyecta largamente los sueños hacia el futuro...

---

\* Historiador, Egresado de la maestría en etnohistoria, ULA  
E-mail: camilomoron@hotmail.com

Fotos: tomadas del libro *Los Aborígenes del Occidente Venezolano* de Alfredo Jahn, 1927.

## Bibliografía

- José Ignacio Lares: *Etnografía del Estado Mérida*. Presentación de E. Menotti Sposito. 3ra. edición (reimpresión). Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de los Andes, Mérida, 1952.
- Alfredo Jahn: *Los Aborígenes del Occidente Venezolano*. Lit. y Tip. del Comercio, Caracas, 1927.
- Jacqueline Clarac: *Dioses en Exilio. Representaciones y Prácticas Simbólicas en la Cordillera de Mérida*. Fundarte, Caracas, 1981.
- Pedro Manuel Arcaya: *Obra Inédita y Dispersa*. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Coro, 1995.